

VÍA CRUCIS DE LA PRECIOSA SANGRE



Misioneros de la
Preciosa Sangre

*Congregación de Misioneros de la
Preciosa Sangre (Congregatio
Missionariorum Pretiosissimi Sanguinis
Domini Nostri Jesus Christi) (C.PP.S.),
fundada por San Gaspar de Búfalo, el
apóstol a la Devoción de la Preciosa
Sangre.*

Fuente:

<http://misionerosdelapreciosasangre.org/>

INTRODUCCIÓN

Comencemos con el deseo de volver al Padre, un deseo de reestablecer o reconstruir una relación con Él. Esto nos libera de nuestro pasado y nos pone cara a cara con el que nos perdona. Como parte de su misericordia, el Padre, nos envía a su Hijo Jesús, como maestro y nos llama a ser sus discípulos. Nosotros aprendemos de Él, cómo reconciliarnos, cómo vivir en armonía con nuestro prójimo, superando toda clase de egoísmo o división.

Hoy caminamos con Él, llevando su Cruz. Es la Cruz de nuestra liberación y fuente de esperanza. Nos anuncia que somos amados, con un amor que perdona, un amor que nos levanta, un amor que nos exige amar con generosidad.



PRIMERA ESTACIÓN: CONDENAN A JESÚS, A MUERTE

Te adoramos, oh, Cristo y te bendecimos. Que por tu Sangre derramada en la Cruz, nos has salvado Señor.

El juez sabe que sus enemigos se lo han entregado por envidia, e intenta un recurso absurdo: la elección entre Barrabás, un malhechor acusado de robo y homicidio, y Jesús, que se dice Cristo. El pueblo elige a Barrabás. Pilatos exclama: “¿Qué he de hacer, pues, con Jesús?” Contestan todos: “¡Crucifícale!” El juez insiste: “¿Qué mal ha hecho?” Y de nuevo responden a gritos: ¡Crucifícale!, ¡Crucifícale!” Se asusta Pilatos ante el creciente tumulto. Manda entonces traer agua, y

se lava las manos a la vista del pueblo. Y después de haber hecho azotar a Jesús, lo entrega para que lo crucifiquen.

Las autoridades no soportaron que haya congeniado con los pobres, los marginados y los pecadores. Ellos consideraron su mensaje como “contrario a la ley”, un anuncio contra sus principios, y por eso lo condenaron a muerte.

En la sociedad en que vivimos, también se condena al pueblo a muerte con una economía indiferente a sus necesidades, el desempleo, o con los abusos cometidos contra sus derechos. Somos egoístas; nos preocupamos por nuestros propios intereses y no nos importa el bienestar del otro.

Hemos pecado, Señor, hemos pecado contra ti. Lávanos Señor con tu Sangre y ten misericordia de nosotros.

Padre Nuestro, Ave María, Gloria.



SEGUNDA ESTACIÓN: JESÚS CARGA CON SU CRUZ

Te adoramos, oh, Cristo y te bendecimos. Que por tu Sangre derramada en la Cruz, nos has salvado Señor.

Jesús se entrega a la ejecución de la condena. Recae sobre sus hombros el peso de la Cruz. Se inicia una larga caminata hacia el Gólgota, lugar de las Calaveras, ubicado en la periferia de la ciudad.

La Cruz es grande, rígida y pesada. Jesús permanece callado; en su silencio lleva, no solamente su Cruz sino también la nuestra.

El pueblo, hoy en día, lleva su propia Cruz. Vivimos en una sociedad

injusta. Los inocentes sufren y nosotros no trabajamos para evitar su dolor. Para justificar nuestra propia comodidad, ignoramos a los que no tienen o a los que viven en la periferia.

Hemos pecado, Señor, hemos pecado contra ti. Lávanos Señor con tu Sangre y ten misericordia de nosotros.

Padre Nuestro, Ave María, Gloria.



TERCERA ESTACIÓN: JESÚS CAE POR PRIMERA VEZ

*Te adoramos, oh, Cristo y te
bendecimos. Que por tu Sangre derramada
en la Cruz, nos has salvado Señor.*

La Cruz destroza con su peso los hombros del Señor. El cuerpo de Jesús ya se tambalea, bajo la enorme Cruz. Viendo la multitud, un dolor agudo penetra en el alma de Jesús, y el Señor se desploma extenuado.

La caída de Jesús no es definitiva. Se levanta, aunque sea duro y difícil, Él sigue en su recorrido.

Nuestro pueblo cae; la sociedad aplasta sus esfuerzos y sus esperanzas. Hay muchos que no

quieren levantarse o seguir adelante. Están cansados o acostumbrados a no obtener nada. No hay nada nuevo para ellos. Jesús siembra en nosotros un futuro y nos invita a no quedarnos vencidos, a tener ánimo y seguirle hasta el final.

Hemos pecado, Señor, hemos pecado contra ti. Lávanos Señor con tu Sangre y ten misericordia de nosotros.

Padre Nuestro, Ave María, Gloria.



CUARTA ESTACIÓN: JESÚS ENCUENTRA A MARÍA, SU MADRE

*Te adoramos, oh, Cristo y te
bendecimos. Que por tu Sangre derramada
en la Cruz, nos has salvado Señor.*

Apenas se ha levantado Jesús de su primera caída, cuando junto al camino por donde Él pasaba, encuentra a su Madre.

Con inmenso amor, mira María a Jesús, y Jesús mira a su Madre; sus ojos se encuentran, y cada uno comparte el dolor del otro.

El encuentro entre Jesús y su Madre es muy triste. Ella acompaña a Jesús en su camino, hasta el Gólgota, hasta la muerte.

Hay madres, entre nosotros, que sufren por no saber cómo ayudar, o rescatar a sus hijos. Hay madres que reclaman a sus hijos desaparecidos o a los que están injustamente encarcelados.

A veces no ayudamos a nuestros hijos a encontrar el camino más adecuado, o estamos muy ocupados para acercarnos a ellos.

Hemos pecado, Señor, hemos pecado contra ti. Lávanos Señor con tu Sangre y ten misericordia de nosotros.

Padre Nuestro, Ave María, Gloria.



QUINTA ESTACIÓN: SIMÓN AYUDA A LLEVAR LA CRUZ DE JESÚS

*Te adoramos, oh, Cristo y te
bendecimos. Que por tu Sangre derramada
en la Cruz, nos has salvado Señor.*

Jesús está muy débil. Su paso se hace más y más torpe, y los soldados tienen prisa por acabar; de modo que, cuando salen de la ciudad, requieren a un hombre que venía de una granja, llamado Simón de Cirene, y le fuerzan a que lleve la Cruz de Jesús.

En el camino, Jesús encuentra que hay personas que comparten su dolor. Simón comprende que su

colaboración ayuda aliviar el sufrimiento de Jesús.

Entre nosotros, hay pocos que están dispuestos a sacrificarse para ayudar a su prójimo, somos capaces de hablar sobre las causas de los problemas que existen, pero nos escondemos cuando somos llamados a dar una mano.

Hemos pecado, Señor, hemos pecado contra ti. Lávanos Señor con tu Sangre y ten misericordia de nosotros.

Padre Nuestro, Ave María, Gloria.



SEXTA ESTACIÓN: UNA MUJER LIMPIA EL ROSTRO DE JESÚS

Te adoramos, oh, Cristo y te bendecimos. Que por tu Sangre derramada en la Cruz, nos has salvado Señor.

Una mujer, Verónica de nombre, se abre paso entre la muchedumbre; ofrece a Jesús un paño para que se limpie la cara sucia, de sudor, Sangre y polvo.

Muchos miran a Jesús y sienten compasión de Él; pero por miedo a los soldados no se atreven a acercarse. Verónica tiene valentía; ayuda a Jesús y le ofrece alivio, acariciando su cara calma su dolor.

El rostro dolorido de Jesús está presente en cada rincón de nuestro país. Uno puede ver este rostro en los niños desnutridos, en las mujeres abandonadas y en los ancianos olvidados.

Hemos pecado, Señor, hemos pecado contra ti. Lávanos Señor con tu Sangre y ten misericordia de nosotros.

Padre Nuestro, Ave María, Gloria.



SÉPTIMA ESTACIÓN: JESÚS CAE POR SEGUNDA VEZ

*Te adoramos, oh, Cristo y te
bendecimos. Que por tu Sangre derramada
en la Cruz, nos has salvado Señor.*

Ya estando fuera de la muralla, el cuerpo de Jesús vuelve a abatirse a causa de su fragilidad, cayendo por segunda vez, entre el griterío de la muchedumbre y los empujones de los soldados.

La debilidad del cuerpo y la amargura del alma han hecho que Jesús caiga de nuevo.

De una forma semejante cae también nuestro pueblo. Muchas veces se desanima, tropieza con obstáculos y

cae duramente. A veces nos quedamos a mirar sin preocuparnos por ayudar. No movemos ni un dedo para levantar a nuestro prójimo o ayudarlo a encontrar soluciones. No somos aliento y tampoco esperanza.

Hemos pecado, Señor, hemos pecado contra ti. Lávanos Señor con tu Sangre y ten misericordia de nosotros.

Padre Nuestro, Ave María, Gloria.



OCTAVA ESTACIÓN: JESÚS CONSUELA A LAS HIJAS DE JERUSALÉN

*Te adoramos, oh, Cristo y te
bendecimos. Que por tu Sangre derramada
en la Cruz, nos has salvado Señor.*

Entre las gentes que contemplan el paso del Señor, hay unas cuantas mujeres que no pueden contener su compasión y lágrimas.

Jesús las invita a llorar por los pecados, que son la causa de su Pasión.

Jesús nos enseña que llorar de dolor no es suficiente. Si hay tanto sufrimiento, en algo tenemos la culpa. No podemos quedarnos indiferentes.

Tenemos la obligación de hacer algo para hacer parte de una solución o colaborar en conseguir, para todos, lo necesario para una vida digna.

Hemos pecado, Señor, hemos pecado contra ti. Lávanos Señor con tu Sangre y ten misericordia de nosotros.

Padre Nuestro, Ave María, Gloria.



NOVENA ESTACIÓN: JESÚS CAE POR TERCERA VEZ

*Te adoramos, oh, Cristo y te
bendecimos. Que por tu Sangre derramada
en la Cruz, nos has salvado Señor.*

El Señor cae por tercera vez, en la ladera del Gólgota. Jesús no se sostiene en pie: le faltan las fuerzas, y yace agotado en tierra. Con mucha fatiga, Jesús se levanta y reúne las últimas fuerzas para terminar el camino que le falta recorrer.

Tenemos el deber de defender nuestra vida y la vida de los demás, levantándonos siempre, despertándonos de la pereza y venciendo lo que nos mantiene en el

suelo. NOTA: Después de cada estación se puede rezar un Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

Hemos pecado, Señor, hemos pecado contra ti. Lávanos Señor con tu Sangre y ten misericordia de nosotros.

Padre Nuestro, Ave María, Gloria.



DÉCIMA ESTACIÓN: DESPOJAN A JESÚS DE SUS VESTIDURAS

*Te adoramos, oh, Cristo y te
bendecimos. Que por tu Sangre derramada
en la Cruz, nos has salvado Señor.*

Al llegar el Señor al Gólgota, le dan a beber un poco de vino mezclado con hiel, como narcótico, para que disminuya en algo el dolor de la crucifixión. Pero Jesús no ha querido beberlo. Se entrega a la muerte con la plena libertad del amor.

Los soldados agarran a Jesús. Le arrancan con violencia los vestidos pegados a las llagas que cubren todo su cuerpo. Los dividen en cuatro

partes. Pero la túnica es sin costuras y se convierte en objeto de disputa entre los soldados.

No sabemos desprendernos de las cosas materiales y nos identificamos con ellas. Poco a poco las cosas materiales ocupan un rol superior al de los seres humanos. Perdemos nuestra identidad de humanidad, y nos quedamos como objetos haciendo parte de un juego social económico.

Hemos pecado, Señor, hemos pecado contra ti. Lávanos Señor con tu Sangre y ten misericordia de nosotros.

Padre Nuestro, Ave María, Gloria.



DÉCIMO PRIMERA ESTACIÓN: JESÚS ES CLAVADO EN LA CRUZ

Te adoramos, oh, Cristo y te bendecimos. Que por tu Sangre derramada en la Cruz, nos has salvado Señor.

Ahora crucifican al Señor, y junto a Él a dos ladrones, uno a su derecha y el otro a su izquierda.

Es el amor lo que ha llevado a Jesús al Gólgota. Y ya en la Cruz, todos los gestos y todas sus palabras son de amor, de amor sereno y fuerte. Jesús es maltratado por los soldados e insultado por las personas que le han acompañado en su caminar. Su madre también está presente y experimenta

todo; ella guarda todo en el fondo de su corazón, no solamente como causa de su dolor sino también como sustento de su esperanza.

Hoy, Jesús sigue siendo clavado en la Cruz y su grito de dolor continuará resonando por toda la tierra; también, su lucha por realizar nuestra liberación. El Señor se enfrentará a todos los obstáculos que la dureza de nuestro corazón, le puedan crear.

Hemos pecado, Señor, hemos pecado contra ti. Lávanos Señor con tu Sangre y ten misericordia de nosotros.

Padre Nuestro, Ave María, Gloria.

tarde, cuando Jesús exclama: ¿Señor, Señor, porque me has abandonado?

Después, sabiendo que todas las cosas están a punto de ser consumadas, para que se cumpla la Escritura, dice: Tengo sed. Los soldados empapan en vinagre una esponja, y poniéndola en una caña de hisopo se la acercan a la boca.

Jesús sorbe el vinagre, y exclama: Todo está cumplido. El velo del templo se rasga, y tiembla la tierra, cuando clama el Señor con una gran voz: Padre, en tus manos encomiendo mi Espíritu. Y expira. Jesús, sigue muriendo en la Cruz a cada instante. Hasta hoy, hay muchos seguidores de Jesús que han dado su vida por la construcción de un mundo más justo y fraternal. Quién se dispone a seguir a Cristo, se compromete a participar de su vida y de su destino. Lo hacemos como servicio a nuestros hermanos, especialmente a los más necesitados.

Ahora, hagamos unos momentos de reflexión para dar gracias a Jesús por habernos entregado su vida. También recordemos en silencio y

recemos por todos los y las, que han seguido a Jesús hasta dar su vida por sus hermanos.

Hemos pecado, Señor, hemos pecado contra ti. Lávanos Señor con tu Sangre y ten misericordia de nosotros.

Padre Nuestro, Ave María, Gloria.



DÉCIMO TERCERA ESTACIÓN: DESCLAVAN A JESÚS Y LO ENTREGAN A SU MADRE

*Te adoramos, oh, Cristo y te
bendecimos. Que por tu Sangre derramada
en la Cruz, nos has salvado Señor.*

Anegada en dolor, está María junto a la Cruz. Y Juan, con Ella. Pero se ha ce tarde, y los judíos instan para que se quite al Señor de allí. Después de haber obtenido de Pilatos el permiso que la ley romana exige para sepultar a los condenados, llega al Gólgota el senador llamado José de Arimatea y con él, Nicodemo.

Ellos no eran conocidos públicamente como discípulos del

Maestro. Sin embargo, ahora, en el penoso momento, cuando los demás han huido, no temen dar la cara por su Señor. Entre los dos, toman el cuerpo de Jesús y lo dejan en brazos de su Madre. Muchas madres sufren hoy por sus hijos, porque ven que no hay futuro, porque no tienen trabajo, porque se van por el camino equivocado de la droga, el alcohol, o el crimen. A veces, las madres se encuentran solas en su sufrimiento, porque no hay comprensión ni solidaridad.

Hemos pecado, Señor, hemos pecado contra ti. Lávanos Señor con tu Sangre y ten misericordia de nosotros.

Padre Nuestro, Ave María, Gloria.



DÉCIMO CUARTA ESTACIÓN: DAN SEPULTURA AL CUERPO DE JESÚS

*Te adoramos, oh, Cristo y te
bendecimos. Que por tu Sangre derramada
en la Cruz, nos has salvado Señor.*

Muy cerca del Gólgota, en un huerto, José de Arimatea se había hecho labrar en la peña un sepulcro nuevo. Y por ser la víspera de la gran Pascua de los judíos, ponen a Jesús allí. Ahora, ya ha pasado todo, se ha cumplido la obra de nuestra Redención. Ya somos hijos de Dios, porque Jesús ha muerto por nosotros y su muerte nos ha rescatado. Una persona no nace para morir pero sí muere para resucitar. La muerte no es

la última palabra; es la parte que dejamos atrás, la parte vencida para iniciar una vida nueva. Esto siembra en nosotros esperanza y nos compromete a llevar esta esperanza como fruto de nuestra vivencia en común.

Hemos pecado, Señor, hemos pecado contra ti. Lávamos Señor con tu Sangre y ten misericordia de nosotros.

Padre Nuestro, Ave María, Gloria.

SALMO 50: (ADAPTADO)

Señor, perdóname; que tu amor borre en mí toda culpa.

Con la sangre, de tu hijo, lávame de mi pecado y protégeme de todo mal.

Tengo presente mi pecado. Pequé contra ti; no he cumplido tus mandatos. Tú me conoces y con justicia me juzgas.

Soy débil y desde que nací he pecado. Pero, Señor, tú me amas. Tú me acoges y me enseñas el camino correcto.

Rocíame con agua y renueva en mí, el compromiso de mi bautizo.

Quiero estar limpio, libre de toda culpa.

Hazme sentir el gozo y la alegría de tu perdón. No tomes tanto en cuenta mis culpas, pero líbrame de todas ellas. Crea en mí, Señor, un corazón nuevo y fuerte.

Acompáñame siempre; no me dejes sin la presencia de tu Espíritu.

Devuélveme la esperanza, la alegría de tu salvación.

Renueva en mí tu generosidad.

Enseñaré tus caminos, y los pecadores se convertirán a ti.

La victoria de la Cruz me salvo;
anunciaré el amor y fidelidad de tu Hijo.

Abre, Señor, mis labios; quiero proclamar tu alabanza.

No esperas un sacrificio, y a nuestras ofrendas, no les darás importancia.

Lo que quieres, Señor, es un corazón arrepentido, un corazón humilde y abierto a ti.

Que tu bondad me favorezca y tu relación conmigo se reconstruya.

Te agradezco Señor; tu amor me ha renovado y me ha permitido vivir.

**R.P. Joseph Deardorff, K.
C.PP.S.**



“Hiciste de tu Cruz, la última lección de tu enseñanza, la última verdad ofrecida en testimonio, la Palabra suprema en la que te donas por amor.” (San Gaspar de Búfalo)